

# LA AURORA

AÑO I

San José de Costa Rica, A. C., jueves 1º de diciembre de 1964

Nº 45

## SUMARIO

|                          |          |
|--------------------------|----------|
| La segunda enseñanza     | R. B. M. |
| España                   | Altamira |
| Nuestras madres          | J. M. Z. |
| Postal                   | Ll. B.   |
| La alimentación infantil | Dr. A.   |
| Elecciones               | A. T.    |
| Una serenata             | G. S. B. |
| Información              |          |
| Cables                   |          |

GERENTE: ROBERTO BRENES MESÉN

## La segunda enseñanza

Ha llegado a conocimiento nuestro que los resultados obtenidos en el Colegio de San Luis Gonzaga son del todo satisfactorios. Enviamos nuestra enhorabuena al señor Director y a sus colaboradores.

Nos alegramos de verdad con el éxito de ese importante establecimiento, como nos alegraremos con el de cualquiera otro de los colegios provinciales; porque eso será un estímulo para los hombres de gobierno que se empeñan en escatimar centavos para esa obra de trascendental importancia para la vida intelectual del país, así como para su vida político social del porvenir.

La existencia lánguida de las provincias acabaría por convertirse en una desesperante agonía, si no tuviesen siquiera un centro, donde vivir más cuantas horas de intelectualidad.

En cambio, si los colegios lograsen reunir en sus aulas, durante las primeras horas de la noche, a todos los jóvenes de la ciudad para escuchar lecturas ó conferencias, forzosamente se elevaría nuestro nivel intelectual y moral.

El señor Ministro de Instrucción Pública á quien no puede ocultarse la significación social de los colegios de provincia haría un gran servicio al país si se empeñase en obtener del Congreso sumas de dinero, suficientes para mejorar el material de enseñanza y la remuneración de los profesores. Es preciso impulsar por todos los medios que se hallen á nuestro alcance los colegios de provincia. Por el momento, para llegar á la verdadera autonomía política es preciso extender la cultura; de suerte que el Ministro, que trabaja por esta, habrá trabajado, por aquella y será digno de aplauso.

En cambio, la Escuela Normal de varones, con el internado organizado tan disparatadamente como lo ha estado hasta hoy, á pesar de contar con un grupo de alumnos que son de primer orden, no dará resultados satisfactorios. Su reorganización bajo otras bases se impone.

La primera medida que habría de tomarse es su traslación á la ciudad de Alajuela. Hay para ello razones sociales, higiénicas y políticas.

En primer lugar, la centralización de la enseñanza en la capital está produ-

ciendo un verdadero desequilibrio de la cultura, no contando los enormes perjuicios pecuniarios y de otro orden que ocasiona esa centralización, más onerosa todavía que la centralización del registro de la propiedad.

En segundo lugar, el Estado tiene á su cargo el deber de no dejar morir de consunción una ciudad como Alajuela; y si no se le presta un auxilio eficaz su languidez será cada vez mayor y la muerte será inevitable.

La pobreza es muy grande y su despoblación visible. Hay casas abandonadas ó vendidas por cualquier cosa para eludir el pago de los impuestos. Por sí misma Alajuela no podrá levantarse y en nuestro concepto el Gobierno presente sería culpable si habiéndosele señalado el mal no hiciese esfuerzos de consideración para salvar á la provincia de una ruina segura y próxima.

La traslación de la Escuela Normal sería un auxilio importante. Se convertiría en un centro intelectual que prestaría animación y aun desahogo económico á la provincia.

Situada en las afueras de la ciudad la Escuela Normal podría tener una vida de libertad. La que hemos conocido frente al Liceo es una caserna que ha hecho odiosa la institución á los jóvenes allí encalabozados. Por eso ha habido algún conato de sublevación. Por lo demás, el edificio actual, rodeado de pantanos, no es bien sano y si no fuese la ventilación constante que recibe á causa de su posición, habríamos temido que lamentar más de una desgracia.

Y no insistimos en las demás ventajas que tendría la traslación de la Escuela Normal á la ciudad de Alajuela, para no alargar el presente artículo.

R. BRENES MESÉN.

## ESPAÑA EN EL CONGRESO DE CIENCIAS HISTÓRICAS

(FRAGMENTO)

Pocas palabras sobre mi intervención personal en el Congreso. Las Secciones más interesantes para mí, eran, naturalmente la de Metodología y la de Historia del Derecho.

Envié para la primera — y á petición del Comité directivo — una nota sobre la organización de los estudios históricos en España. Esta nota fué á parar, sin embargo, á la Sección general de "Historia de la Edad Media y Moderna", juntamente con las de Monod, Frédéricq, Breslau, Thayer, Block, Gertz, Harald Ajarne, Bryce, Villari y Dembiski, relativas al mismo asunto en Francia, Bélgica, Alemania, Estados Unidos, Holanda, Dinamarca, Suecia, Inglaterra, Italia y Austria-Hungría. Se leyeron todas en una misma sesión, constituyendo un informe internacional comparativo de gran interés. En la sección llamada propiamente de Metodología — que tiene escaso movimiento — ocupé la presidencia el primer día.

En la Sección de Historia del De-

recho presenté la comunicación ya indicada al hablar de Leonhard, y otra sobre el "Valor de la costumbre en nuestra historia Jurídica". Esta no la pude leer personalmente, porque cuando me correspondió el turno — en la última reunión — hallábame presidiendo la Sección de Historia Medioeval. En cambio, pude intervenir en la discusión de la Memoria de Pollock, acerca del desarrollo del derecho comparado, informando sobre los antecedentes de esa ciencia — y en general del método comparativo aplicado á la historia de las instituciones — en España, desde su iniciación en el siglo XVI (Páez de Castro, v. gr.) hasta nuestros tratadistas y profesores modernos (Azcarate, Posada, etc.).

Al tomar posesión de la presidencia de la Sección Jurídica, — para la que también fui nombrado, — hice algunas indicaciones sobre la dependencia estrecha en que se halla nuestra Historia del Derecho en la Edad Media y Moderna, con la de Italia, ya por medio de los glosadores — tan en boga en Castilla y en Aragón, en el siglo XIII — ya por la copia ó trasplante de preceptos legislativos, como los del Código Civil italiano.

Finalmente, y acordada por la Sección II, grupo II, el nombramiento de una comisión internacional para preparar, con destino al Congreso de 1906, el plan de una Bibliografía general histórica, fui llamado á ello como representante de España, y en este concepto aguardo las instrucciones de los delegados italianos que forman la cabeza de la comisión para empezar los trabajos oportunos.

Ocioso, es decir, que entre 2,400 congresistas era natural, no sólo que abundasen, sino que excediesen en número los que no saben nada ó saben muy poco de la España actual, á los que, por conocerla mejor ó peor, emiten aquellos juicios. El estado general de la masa de intelectuales extranjeros sigue siendo el que ya en otros escritos he criticado ó probado; ó nos ignoran completamente, ó lo que es peor, nos ven á través de la leyenda y de las pinturas de panderetas y abanicos. Ellos mismos lo reconocen á menudo. En Roma lo he oído confesar, entre otros, á un escritor italiano y á un distinguido profesor de una Universidad francesa del Mediodía. Yo pude apreciar el alcance de esa ignorancia en el efecto de algunas de las noticias que tuve ocasión de dar sobre instituciones y libros españoles, ya en el Congreso, ya en conversaciones privadas.

"¿Hacen ustedes eso? ¿Tienen ustedes eso?" Eran las preguntas significativas del asombro. Más asombrado estaba yo de ver que les maravillasen cosas que nada de particular tienen, dentro de un régimen normal de vida científica, y que, en gran parte, hemos imitado del extranjero. La conclusión es que esa masa á que he aludido (en ella incluyo á más de un especialista que nos ha olvidado en sus investigaciones) nos cree más atrasados de lo que estamos realmente, y que no se cuida de averiguar si se

equivoca ó acierta en su juicio. No cabe explicarse de otra manera la sorpresa que le causan ciertas revelaciones.

El porqué de ese abandono en punto á la información de nuestro estado, es bien conocido. España no representa apenas nada en la vida internacional. Los extranjeros tienen conciencia de nuestra debilidad actual en todos los órdenes, y presumen que nada absolutamente podemos ofrecerles, que les interese ó les sirva. Se han acostumbrado á prescindir de nosotros en la serie de cantidades utilizables para su nutrición intelectual ó para su experiencia y, ayudados por nuestro aislamiento voluntario y nuestra hueronería, no se esfuerzan lo más mínimo por descubrirnos.

Pero así como he observado esto, he podido notar que al primer movimiento de asombro — por citar nombres muy respetables — al hablar aquí cosas que no podían sospechar, ha seguido un alza en la estimación de nuestro trabajo. Sin que esto nos enorgullezca, nos debe animar. Es como un reconocimiento de beligerancia. ¿Por qué no lo aprovechamos nuestros intelectuales, y por qué no lo auxilian nuestros políticos desde el presupuesto de Instrucción Pública?

RAFAEL ALTAMIRA

Agosto, 1903.

## !Pobres madres!

En las ventanas de la librería de los hermanos Iglesias, junto al rimero de libros buenos en donde el pensamiento actual de libertad está encerrado para hacer soberbia explosión de luz en los jóvenes cerebros de esta edad, se exhibe un cuadro de una belleza sugestiva y melancólica. Se llama "Pobres Madres!"

Tras de unos matorrales, sobre las duras piedras del camino que la sangre ha enrojecido, yacen dos soldados muertos. Uno, tendido boca arriba, con una mano sobre el pecho y la otra descansando sobre la yerba del campo, la cara hacia el cielo, hacia el cielo impasible, indiferente á la desgracia de los hombres; en ella está reflejado el siniestro relámpago de la última amargura. El otro, un poco más allá, boca abajo; apenas se distingue su pobre cabeza que no tuvo siquiera la triste alegría de mirar al firmamento en sus postreras congojas. No tuvo tampoco el cruel placer de contemplar la ruina de esas mentidas esperanzas de la fé, al ver que las deidades de su culto, que él imaginaba sabias y todopoderosas, más allá de las nubes, no venían á auxiliarlo en aquel trance, ni con un miserable rayo de consuelo.

Más allá, indecisa, melio desvanecidas entre el humo, las sombras de algunos luchadores, quizá los últimos sobrevivientes de la batalla que se esfuerzan aún por arrancarse las vidas antes que termine el día.

¡Oh poder inmenso, el del artista! En cuatro pinceladas que trazó su